

María Esther Gilio: en los espejos de la entrevista

Carlos María Domínguez

A propósito de una declaración en la que Vittorio Gassman citó a Onetti junto al futbolista Platini, el autor de *El astillero* le dijo a María Esther Gilio: «Me llena de ilusión la idea de que un día, cuando hasta vos estés muerta, seamos el futbolista Onetti y el novelista Platini. Porque, con el correr del tiempo, se van a entrecruzar los términos y no faltará alguno que diga: “Aquel gol de Onetti... ¡Inolvidable!”».

La profecía alcanzó a Gilio, desde que el *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*¹ fechó su nacimiento en 1928 y un supuesto libro testimonial le atribuyó dos fantasías: haber inspirado el personaje de Cecilia en *El pozo* y ser motivo de la separación del matrimonio de Onetti con su prima María Julia.²

Al cumplirse el centenario de su nacimiento, el 3 de junio de 1922, también conviene corregir las confusiones póstumas. Como se recordará, *El pozo* se publicó en diciembre de 1939, María Julia abandonó a Onetti en noviembre de 1941 y Gilio lo conoció en setiembre de 1942. Como ella misma dejó escrito, durante tres semanas tuvieron un acercamiento lábil y quedaron amigos de por vida.³

El énfasis en la relación de Gilio con Onetti se justifica por la jerarquía de sus numerosas entrevistas, un duelo de ironías y audacias que Gilio reunió en la primera edición de *Construcción de la noche* y luego en el libro *Estás acá para creerme*, llevadas más tarde al teatro en la obra de Hiber Conteris, *Onetti en el espejo*. Pero la relevancia

¹ *Nuevo diccionario de literatura uruguaya 2001*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, Alberto Oreggioni, 2001.

² Villanueva, L. *Lloverá siempre. Las vidas de María Esther Gilio*. Montevideo: Criatura editora, 2018.

³ En el prólogo de *Estás acá para creerme. Mis entrevistas con Onetti*. (Montevideo: Cal y Canto, 2009).

de Gilio en la prensa del Río de la Plata abarca logros aún más sustanciales.

Su inicio en el periodismo fue imprevisto. Admiraba a Alfredo de Simone, en enero de 1965 un amigo la alentó a escribir un artículo sobre el pintor en el diario *La Mañana*, y después de leerlo Carlos Quijano la invitó a colaborar en *Marcha*. Entonces Gilio tenía 43 años, era madre de dos hijas, desde 1957 portaba sin uso el título de abogada y estaba casada con el abogado Darío Queigeiro. Ambos solían participar de una tertulia en el semanario, los sábados de mañana, desde que Queigeiro defendió a Homero Alsina Thevenet en un juicio laboral contra Quijano, y Quijano quedó tan seducido por el abogado que después de perder el juicio lo acercó a *Marcha*.

Entonces Gilio apeló a su inteligencia, audacia y tenacidad para conseguir una entrevista o sumergirse en los mundos marginales de la Colonia Etchepare, de la prostitución, el Consejo del Niño, las prisiones donde encerraron a los tupamaros, a las que lograba acceder por su condición de abogada, lo que redundó en la primera denuncia sistemática de la práctica de la tortura en Uruguay.

En los inicios de su trayectoria, las colaboraciones en *Marcha* fueron reunidas en dos libros: *Protagonistas y sobrevivientes* (1968) y *La guerrilla tupamara*, que obtuvo el Premio Casa de las Américas en la primera edición del género testimonio (1971). La curiosidad podía llevarla de la política a las divas del cine erótico, como Isabel Sarli o Libertad Leblanc, a Pablo Neruda o a Aníbal Troilo y distintas figuras de la cultura popular, pero su rápida notoriedad obedeció a la fortuna de un estilo personal, que convertía la entrevista en un retrato narrativo y ofrecía al lector las tensiones de una experiencia; cada una con su clima, su ritmo, la descripción de atmósferas y actitudes que creaban una escena de inusitada intimidad. No solo indagaba los supuestos del entrevistado, también se involucraba en el retrato con un juego de espejos que incluía los equívocos, el humor, sus disfraces y reacciones frente a la palabra del otro. Gilio preparaba sus entrevistas para estar en condiciones de reconocer una revelación cuando se presentaba en el diálogo con sus interlocutores, y utilizaba recursos literarios que acabarían por consolidar su jerarquía.

Los artículos en *Marcha* y la defensa de presos tupamaros en su calidad de abogada la expusieron a amenazas de grupos de

ultraderecha y, en enero de 1972, al estallido de una bomba en el frente de su casa. Entonces ya estaba separada de Darío Queigeiro y debió iniciar un largo exilio. Primero en París, donde fundó con Alain Labrousse un comité de ayuda a presos políticos uruguayos, y cuando acabó la dictadura de Alejandro Agustín Lanusse probó suerte en Argentina.

En Buenos Aires colaboró con el diario *La Opinión* y la revista *Crisis*, donde realizó un extenso reportaje a Jorge Luis Borges, una nueva y memorable entrevista a Troilo, que culminó la serie que había iniciado en *Marcha*, también a Héctor Tizón, Daniel Moyano, a músicos, artistas, y dos entregas de reportajes a inmigrantes latinoamericanos bajo el título «Los desterrados», que acabaron por definir el interés en la vida de trabajadores, desocupados y desposeídos de toda condición. Para ese entonces ya había escrito notables retratos del nordeste brasileño, pero no era habitual que la palabra de los sectores populares ingresara a las páginas de la prensa con sus modismos y expresiones, y menos aún junto a las voces del arte y la cultura.

Entre 1973 y 1976, Argentina vivió un período de excitación política que, a poco de morir Perón, en julio de 1974, desató una ola de violencia expandida por el golpe de Estado de marzo de 1976. Gilio debió emprender un segundo exilio en Brasil, donde colaboró con distintos medios de prensa, y vivió entre Búzios y Río de Janeiro, apelando a la tenacidad y el gusto para diseñar y vender ropa, reciclar casas vetustas, decorarlas y volverlas a vender.

En julio de 1978 fue detenida por personal de Inteligencia en Río de Janeiro. Mientras la policía realizaba averiguaciones permaneció dos días encapuchada en un galpón y finalmente fue liberada. Las huellas de esa experiencia y otras alternativas personales la llevaron a regresar a Buenos Aires, a inicios de 1979, donde retomó la profesión con mayor brío a medida que la dictadura argentina se debilitaba. Comenzó a publicar en el diario *Clarín*, *La Nación*, *Siete Días*, *El Periodista de Buenos Aires*, y cuando Argentina recuperó la democracia también en las revistas *Argumento Político*, *Plural*, *Expreso* y *Crisis* (segunda y tercera época).

El fin de la dictadura uruguaya le permitió volver a Montevideo, en 1986 se integró a la redacción del semanario *Brecha* y sumó colaboraciones con *Cuadernos de Marcha*, *El País Cultural* y *Página 12*,

entre otros medios del extranjero. Entonces ya era dueña de un sólido prestigio profesional que le abría las puertas de importantes medios internacionales. A lo largo de los próximos veinticuatro años, Gilio entrevistó a un bendecido número de figuras de la vida cultural uruguaya y latinoamericana, personajes de la política, de la vida social y profesional, y realizó reportajes sobre muchos temas sociales, con especial énfasis en la situación de la mujer y la práctica del psicoanálisis. Trabajó hasta sus últimos días, cuando una enfermedad de la vista que la dejaba progresivamente ciega le impidió continuar. Sus últimos artículos en el semanario *Brecha* son de 2010, y no hay mejor seña de su intimidad con el trabajo que el hecho de que muriese pocos meses después, el 27 de agosto de 2011, a sus 89 años.

El prestigio de María Esther Gilio encierra una paradoja: creía que hacía entrevistas porque no sabía escribir y, durante gran parte de su trayectoria, dudó de su talento, extremos que la incentivaron a redoblar sus logros bajo la idea de que podían ser insuficientes. Heredera de la cultura del trabajo que recibió de su inmigrante familia italiana y de la preocupación por el otro que le transmitió en la juventud su primo Tola Invernizzi, aún más que sus conversaciones con intelectuales y artistas, Gilio disfrutaba las que sostenía con la inexistente «gente común», convencida de que cada persona es portadora de una experiencia que la diferencia y jerarquiza. Esa convicción es transparente en la mayoría de sus reportajes populares y en las crónicas de su libro *Terra da felicidade*, donde abordó muchos personajes ignotos de Brasil. En su crónica «Stella visita a Yemanjá» va detrás de unas mulatas camino del terreiro y una mujer le advierte con desprecio que una de ellas dice haber visto a Yemanjá caminar sobre las aguas. Gilio le pregunta: «¿Y cómo era?», «Usted no irá a creer que la vio», responde la mujer. «No, quiero saber cómo dice ella que era». Esa sola apelación revela su idea de que la experiencia define la verdad de cada uno de un modo más preciso que cualquier generalización, y con la misma confianza busca a un paria en una isla del sur («Mi paria predilecto») o conversa con dos niños delincuentes en Recife («Viaje al fin del camino»). Son crónicas escritas con la intensidad y la concentración de los cuentos, dotadas de finas descripciones y giros en la trama, a menudo detenida, con precisión dramática, delante de preguntas sin respuesta. Alcanzan para ubicar su trabajo en la zona intermedia entre el periodismo y la literatura que cultivaron colegas de su generación como

Carlos María Gutiérrez, Alfredo Zitarrosa o Hugo Alfaro, entre muchos otros. Un periodismo narrativo que utilizó la imaginación en el retrato de la realidad y Gilio supo integrar a sus entrevistas.

Escribía a mano, en cuadernos escolares, y luego una secretaria tipeaba o digitalizaba. Gilio convivía con un desorden laboral del que solo la rescataba su inteligencia rápida y la sensibilidad para reconocer lo que importaba. La lectura y el estudio formaban parte de su primera etapa de trabajo, además del esfuerzo, con frecuencia tenaz, de organizar viajes y encuentros. Luego ponía en juego su minuciosa capacidad de escucha para abordar una conversación en la que podía mostrarse astuta y respetuosa, incisiva y vulnerable, atenta a muchas más señas que la palabra de su interlocutor. Finalmente reorganizaba el diálogo y sumaba percepciones, omitía torpezas ajenas, alguna propia, y destacaba detalles para potenciar los perfiles más sustanciales del personaje.

Durante la mayor parte de su trayectoria Gilio trabajó en régimen de *freelance*, lo que le permitió desplegar sus recursos personales con entera autonomía y crear un estilo propio, agregado al del medio en que publicara con un sello inconfundible que muchos lectores aprendieron a buscar y compartir, hasta que también ella se volvió, muy lejos de pretenderlo, una figura legendaria, dotada de brillo y extravagantes experiencias, de reverenciada memoria.

Los libros

Protagonistas y sobrevivientes. Montevideo: Arca, 1968.

La guerrilla tupamara. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1971.

Personas y personajes. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1974.

Emergentes. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1986.

Wilson Ferreira Aldunate. Montevideo: Trilce, 1986.

Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti, en colaboración con Carlos María Domínguez. Buenos Aires: Planeta, 1993.

Conversaciones de María Esther Gilio. Buenos Aires: Desde la Gente, 1993.

Terra da felicidade. Buenos Aires: Mutantia, 1996.

Entrelíneas. Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996.

Retazos de memoria. Buenos Aires: Desde la Gente, 1998.

Antibal Troilo Pichuco. Conversaciones. Buenos Aires: Perfil, 1998.

Y sin embargo te quiero. Conversaciones de María Esther Gilio. Buenos Aires: Desde la Gente, 2003.

- El Cholo González, un cañero de Bella Unión.* Montevideo: Trilce, 2004.
- Pepe Mujica. De tupamaro a ministro.* Buenos Aires: Le Monde Diplomatique, edición Cono Sur, 2005.
- Aurelio, el fotógrafo. La pasión de vivir.* Montevideo: Trilce, 2006.
- Estás acá para creerme. Mis entrevistas con Onetti.* Montevideo: Cal y Canto, 2009.
- Cuando los que escuchan hablan. Conversaciones con grandes psicoanalistas.* Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2010; Montevideo: Estuario editora, 2021.
- Bendita indiscreción. Crónicas y grandes reportajes.* Selección, prólogo y notas de Carlos María Domínguez. Montevideo: Estuario editora, 2022.